

# DOM PROSPER GUÉRANGER

## (+1875)

P. FARNÉS

### Su perfil histórico

Empezamos esta nueva faceta de la sección *La Voz de los Padres* dedicada a comentar algunos escritos de los “Padres del Movimiento litúrgico” presentando una de las figuras más relevantes del resurgir litúrgico del mismo: Dom Prosper Guéranger. Situamos a Guéranger entre las “figuras de nuestro tiempo” a pesar de que se trata de un personaje del siglo XIX porque no puede haber la menor duda de que, después de largos siglos de alejamiento de los fieles respecto a la piedad litúrgica, fue Guéranger quien inició el movimiento de recuperación de la plegaria litúrgica vista sobre todo -aunque no exclusivamente- en su vertiente de espiritualidad.

Durante una primera etapa de su vida Guéranger fue sacerdote diocesano en Le Mans (Francia). A los pocos años de su ordenación el joven sacerdote, erudito ya entonces en el campo de los conocimientos filosóficos, teológicos pero sobre todo históricos, se fue como autoformando en la vida monástica con el deseo de restaurar la familia benedictina en Francia, de donde había sido suprimida por la Revolución francesa. Vivió tiempos especialmente difíciles por las grandes tensiones que habían surgido en el interior de la Iglesia francesa a causa del galicalismo que dividía el episcopado entre partidarios y enemigos de la potestad universal de la sede romana en el interior de las Iglesias locales.

Convertido casi al mismo tiempo en monje y abad de la antigua abadía de Solesmes, restauró y repobló su monasterio y desde él

inició un amplio movimiento de renovación litúrgica que se difundió luego progresivamente por toda Francia y posteriormente por otras naciones de Europa.

Hay que reconocer que Guéranger, a pesar de su notable erudición histórica<sup>1</sup>, vio la liturgia sobre todo como una realidad espiritual. Es precisamente este matiz de espiritualidad el que más puede recomendar aún hoy la lectura de algunas de sus páginas. Posiblemente no pocos de sus escritos hoy nos parezcan algún tanto “espiritualistas” e incluso “ultramontanistas”; pero hay que situarlos en el contexto de lucha y tensión contra Roma en que vivió nuestro monje. Por otra parte, ¿no hay que reconocer que muchos de nuestros contemporáneos han caído con frecuencia en el extremo opuesto, tanto en el estudio de la liturgia como en el de la Biblia<sup>2</sup>. En este contexto, pues, puede ser interesante releer hoy algunas páginas de Guéranger.

El Solesmes de Guéranger se convirtió muy pronto en un centro mundial de estudio y de piedad litúrgica que atrajo tanto al pueblo como a las élites cultas y algunos escritores. La obra más notable y que más influencia tuvo en la renovación de la espiritualidad litúrgica fue su “Année liturgique” en diez volúmenes, traducido pronto a varias lenguas. Esta obra fue alimento espiritual de muchos fieles entre los que cabría citar a santa Teresa del Niño Jesús que, en su autobiografía, recuerda como el Año litúrgico de Guéranger servía en su hogar de lectura espiritual para la familia. Sinceramente pensamos que muchas de las páginas de este libro pueden continuar sirviendo aún hoy para alimentar espiritualmente a nuestros fieles. Con esta finalidad, pues, reproducimos a continuación unas reflexiones de Guéranger en torno a la mística de la Cuaresma.

---

1 Para juzgar el valor de su erudición histórica hay que tener en cuenta la época de suma decadencia de los estudios histórico-litúrgicos en la que vive Guéranger

2 El aún reciente documento de la Comisión Bíblica Pontificia sobre *La interpretación de la Biblia en la Iglesia* hace un equilibrado replanteamiento de esta importante cuestión, subrayando cómo el moderno estudio del sentido literal (histórico si se quiere) es fundamental, pero no suficiente; lo mismo por lo menos cabe decir de los estudios litúrgicos en las últimas décadas.

## DOM GUÉRANGER COMENTA LA ESPIRITUALIDAD DE LA CUARESMA

Nadie debe sorprenderse de que un tiempo tan sacro como el de Cuaresma sea un tiempo lleno de misterios. La Iglesia, que ha hecho de él la preparación para la más sublime de las fiestas, ha querido que este periodo de recogimiento y penitencia estuviera rodeado de un conjunto de características que son las más apropiadas para despertar la fe de los fieles y para sostener su perseverancia en el ejercicio de la expiación anual.

La severidad del número cuarenta que la santa Iglesia propone a nuestra atención religiosa, como nos dice san Jerónimo, es siempre la del dolor y la aflicción (*In Ezechiel, XXIX*).

Recordemos el diluvio, aquella lluvia de *cuarenta* días y *cuarenta* noches, consecuencia de la cólera de Dios arrepentido de haber creado al hombre (Gn 7, 12) y que sumergió la humanidad bajo las aguas, exceptuando del castigo a una única familia. Consideremos el pueblo hebreo errante *cuarenta* años en el desierto antes de poder acceder a la tierra prometida, como castigo de su ingratitud (Nm 24, 33). Escuchemos al Señor que ordena a su profeta Ezequiel permanecer recostado *cuarenta* días sobre su costado derecho, como profecía del asedio que debía preceder la caída de Jerusalén.

Hay dos hombres en el Antiguo Testamento que tienen la misión de prefigurar en su persona dos manifestaciones de Dios: Moisés, que representa la Ley, y Elías que simboliza la profecía. Ambos se acercan a Dios, el primero subiendo al Sinaí (Ex 24, 18) el segundo ascendiendo al Horeb (1 R 19, 8); ambos no llegan a la comunión con la divinidad en el monte sin antes ser purificados por un ayuno de *cuarenta* días.

Recordar estos grandes acontecimientos ayuda sin duda a comprender porqué el Hijo de Dios hecho hombre para salvar a los hombres, habiendo decidido someter su carne divina a los rigores del ayuno, escogió el número de *cuarenta* días para iniciar su importante misión. La institución de la Cuaresma aparece así con toda su majestuosa severidad, como un instrumento eficaz de apaciguar la cólera de Dios y purificar nuestras almas. Conviene, pues, elevar el pensamiento por encima del limitado horizonte que nos rodea; conviene pensar en el conjunto de naciones cristianas que en los días de Cuaresma ofrecen al Señor ofendido esta larga cuarentena de expiación. Así podremos

esperar que, como en los días de Jonás, Dios se dignará también en este año mostrarse misericordioso para con su pueblo.

Hechas estas consideraciones relativas a la duración de la Cuaresma consideremos ahora el modo cómo la Iglesia contempla a sus hijos durante estos días. La Iglesia ve en ellos como un inmenso ejército que combate día y noche contra los enemigos de Dios. Precisamente por ello, en el miércoles de Ceniza la Iglesia llama a la Cuaresma *combate cristiano contra el mal*. Para obtener la regeneración que nos hará dignos de participar en la alegría santa del *Aleluya* es preciso haber triunfado frente a nuestros tres enemigos: el demonio, el mundo, la carne. Unidos al Redentor, que lucha en el desierto contra la triple tentación, contra el mismo Satanás, es preciso estar armados y vigilar sin cesar para sostener nuestra esperanza en la victoria y para reanimar nuestra confianza en la ayuda divina. Para ello la Iglesia nos propone con frecuencia en estos días el salmo 90<sup>3</sup> tanto en la misa como en diversas partes del oficio.

Ella quiere que contemos con la protección de Dios que extiende sobre nosotros *su escudo*; <sup>4</sup> que esperemos *bajo sus alas*; <sup>5</sup> que tengamos confianza en él, pues él nos *librará de la red del cazador*, <sup>6</sup> que nos había arrebatado la santa libertad de los hijos de Dios; que estemos seguros de la ayuda de los santos ángeles, nuestros hermanos, a los cuales el Señor ha dado órdenes para que nos *guarden en el camino*, <sup>7</sup> y que, como testigos respetuosos del combate que el Salvador sostiene contra Satanás, acceden a él, después de la victoria, para servirle y rendirle homenaje. Entremos en los sentimientos que nos quiere inspirar la santa Iglesia, y durante estos días de combate, recurramos a menudo a este precioso cántico que la Iglesia nos señala como la expresión más completa de los sentimientos con los cuales deben estar animados, durante el curso de esta santa campaña, los soldados de la milicia cristiana.

Pero la Iglesia no se limita a darnos una palabra de orden contra las sorpresas del enemigo; para ocupar nuestros pensamientos, ella ofrece a nuestra mirada

---

3 Ps *Qui habitat in adjutorio.*

4 *Scuto circumdabit te veritas ejus.*

5 *Et sub pennis ejus sperabis.*

6 *Ipse liberavit me de laqueo venantium.*

7 *Angelis suis mandavit de te, ut custodiant te in omnibus viis tuis.*

tres grandes espectáculos que van a desarrollarse día tras día hasta la fiesta de Pascua, y cada uno nos aportará sus piadosas emociones con la instrucción más sólida.

En primer lugar, tenemos que asistir al desenlace de la conspiración de los Judíos contra el Redentor: conspiración que empieza a tramarse y que estallará el gran Viernes, cuando veremos al Hijo de Dios clavado en el árbol de la Cruz. Las pasiones que se agitan en el seno de la Sinagoga van a manifestarse semana tras semana; y nosotros las podremos seguir en su horroroso desarrollo. La dignidad, la sabiduría, la mansedumbre de la augusta víctima nos parecerán siempre más sublimes y más dignas de Dios. El drama divino que vivimos por Navidad en la gruta de Belén continuará hasta el Calvario; y para seguirlo, sólo tendremos que meditar las lecturas del Evangelio que la Iglesia nos propondrá día tras día.

En segundo lugar, al recordar que la fiesta de Pascua es para los catecúmenos el día del nuevo nacimiento, nuestro pensamiento se transportará a los primeros años del cristianismo, en los que la Cuaresma era para los aspirantes al Bautismo la última preparación para el mismo. La liturgia ha conservado las huellas de esta antigua disciplina. Al escuchar, pues, estas magníficas lecturas de los dos Testamentos, con cuya ayuda se llevaba a término la última etapa de la iniciación, agradecemos a Dios, que se haya dignado hacernos nacer en un tiempo en que los niños no tienen que esperar a la edad adulta para experimentar la misericordia divina. Pensaremos también en los nuevos catecúmenos que, en nuestros días, en las regiones evangelizadas por nuestros modernos apóstoles, esperan, como en la antigüedad, la gran solemnidad del Salvador vencedor de la muerte, para descender en la piscina sagrada y salir de ella un nuevo ser.

Finalmente, durante la Cuaresma, debemos recordar a los penitentes públicos, que, expulsados solemnemente de la asamblea de los fieles el miércoles de Ceniza, eran, durante toda la santa Cuarentena, objeto de preocupación maternal para la Iglesia, que debía admitirlos el Jueves santo, si lo merecían, a la reconciliación. Un admirable cuerpo de lecturas, destinado a su instrucción y a interesar a los fieles en su favor, pasará bajo nuestros ojos; pues la Liturgia nada ha perdido de estas fuertes tradiciones. Entonces recordaremos con facilidad que hemos sido perdonados de las iniquidades que, en los siglos pasados, sólo podían ser perdonadas después de duras y solemnes expiaciones; y soñando en la justicia del Señor, que permanece inmutable, sean los que

sean los cambios que la condescendencia de la Iglesia introduzca en la disciplina, sentiremos tanto más la necesidad de ofrecer a Dios el sacrificio de un corazón verdaderamente contrito, y de animar de un sincero espíritu de penitencia las ligeras satisfacciones que presentamos su divina Majestad.

Para que la santa Cuaresma mantenga el carácter de penitencia y de severidad que le son propios, durante muchos siglos, la Iglesia se mostró muy reservada en la admisión de fiestas en esta época del año, porque siempre conllevan un elemento de alegría. En el siglo IV, el concilio de Laodicea daba ya esta disposición en su canon 51, permitiendo celebrar únicamente la fiesta o la conmemoración de los santos en los sábados y en los domingos. La Iglesia griega se ha mantenido en este rigor; y sólo después de muchos siglos ha relajado esta norma al admitir, el 25 de marzo, la fiesta de la Anunciación.

La Iglesia romana durante mucho tiempo ha conservado esta disciplina, al menos en principio; pero admitió pronto la fiesta de la Anunciación, y luego la del apóstol san Matías, el 24 de febrero. En los últimos siglos ha abierto su calendario a otras fiestas también durante la Cuaresma, pero con gran mesura, por respeto al espíritu de la antigüedad (...).

De los antiguos ceremoniales de la Edad Media aprenderemos que durante la Cuaresma se acostumbraba celebrar un gran número de procesiones que discurrían de una iglesia a otra, particularmente los miércoles y los viernes; en los monasterios, estas procesiones se hacían por el claustro y con los pies descalzos.<sup>8</sup> Era imitación de las estaciones de Roma, que son diarias en Cuaresma y que, durante muchos siglos se iniciaban con una procesión solemne en la iglesia estacional.

---

<sup>8</sup> Martène, *De antiquis Ecclesiae ritibus*, tom. III, cap. 18.